

Lauros y grados, en fin,
 Estudian todas las artes.
 Pues ¿de qué se queja el hombre
 De que la mujer le engañe,
 Si otra ciencia no le queda
 En todas las que ella sabe?
 La mujer es imposible
 Que adquiriera, tenga ni guarde
 Hacienda, abogando pleitos
 Ni curando enfermedades.
 Pues en algo esta mujer,
 Si está ociosa, ha de ocuparse.
 Dirán que en hacer labor,
 No es ocupación bastante,
 Porque el libre entendimiento
 Vuela por todas las partes,
 Y no es el hacer vainillas
 En holandas ni en cambrayes
 Escasa filosofía,
 Ni el almohadilla lugares
 De Platón y de Porfirio,
 Ni son las randas y encajes
 Los párrafos de las leyes.
 En fin, para no cansarte,
 Yo quiero vengar, si puedo,
 Agravios, de aquí adelante,
 De mujeres, pues lo soy,
 Y que este nombre me llamen.

Seguramente que no podría expresarse en términos más claros y precisos una feminista de nuestros días.

V

Otra cosa es cuando desde el estrecho círculo en que tenía que permanecer encerrado, dirige el poeta filósofo serias censuras en contra de prácticas que no podían hallar aprobación en su elevado criterio, y dejando á un lado todo subterfugio para ocultar su pensamiento, presenta cuadros de palpitante verdad, como podemos verlo en este ejemplo.

Según el antiguo derecho español, el padre de familia tenía facultad para vincular sus bienes, bajo ciertas condiciones, en los primogénitos de sus descendientes, disposición que podría ser ventajosa al estado en cuanto á que proveía á la conservación de los linajes, dando una base estable á la propiedad; pero que á la vez lastimaba el sentimiento de justicia, por parecer inicuo que á los demás hermanos se privase de un derecho fundado en la misma naturaleza de su común origen. Lope manifiesta bien claro lo que pensaba y sentía en contra de esta legislación de su tiempo, al desarrollar un argumento de altísimo interés en su preciosa comedia *Las flores de D. Juan*, que debió dejar muy honda impresión en el público de aquella época, pues el contraste que se ofrecía á sus ojos, no podía ser más elocuente y sugestivo. Por un lado aparece D. Alonso, el primogénito, que en tranquila posesión de la riqueza que su buena estrella le había deparado, se entrega, con

la irreflexión propia de su edad, á toda clase de devaneos, en compañía de amigos complacientes que le ayudan á gastar el dinero, especialmente en el juego, que era su pasión favorita. Por el otro lado figura D. Juan, el malaventurado segundón, reducido á gran pobreza y sin tener más amigo que un criado fiel, dispuesto á sacrificarse en su servicio. D. Alonso no ha abandonado enteramente á su hermano, á quien proporciona algunos recursos para su subsistencia, pero tan mezquinos y en términos tan humillantes, que en vez de despertar la gratitud, logran sólo exaltar el odio en el alma de D. Juan, que se juzga con derecho para exigir de tan cercano deudo protección más amplia y generosa. La situación de ambos personajes, entre los cuales se desarrolla el drama, está bien determinada en una de las primeras escenas. Otavio, mayordomo de D. Alonso, llega á casa de D. Juan, quien sabe desde luego que jugar es la principal ocupación de su hermano. El diálogo continúa en estos términos:

D. JUAN.

Quisiera, señor Otavio,
Que para vestir me deis;
Que ando agora . . . ya me veis . . .
Y es de D. Alonso agravio
Que salga un hermano suyo
Tal en día de San Juan;
Que yo pobre y él galán
Lo que han de decir arguyo
De verle y de verme á mí;

Que para tanta riqueza,
Es notable la pobreza
En que me trae.

OTAVIO.

Es así;
Pero él me tiene ordenado
Que aun para medias no os dé
Sin avisarle.

D. JUAN.

¿Por qué?
¿Soy algún bastardo echado
A las puertas de su casa?
¿Soy falto de entendimiento?
¿Soy hombre sin fundamento?
¿Deshónrole yo?

OTAVIO.

Esto pasa.

D. JUAN.

¿Qué bajezas hago yo?
¿En qué malas compañías
Me ha visto andar estos días?

OTAVIO.

Esto, D. Juan, me mandó.

D. JUAN.

Pues es ya mucha crueldad . . .
Tan buen padre y madre fueron
Los que esta sangre me dieron,
Como á él la suya.

OTAVIO.

Es verdad;
 Pero aun hay cosas más grandes.
 Quisiera (y fuera mejor)
 D. Alonso, mi señor,
 Que os fuérades vos á Flandes,
 Donde al cabo de seis años
 El rey un hábito os diera.

D. JUAN.

No me habléis de esa manera.

OTAVIO.

Allá en los reinos extraños
 No están los segundos mal;
 Sí en la patria, pues nacieron
 Después.

D. JUAN.

Los primeros ¿fueron
 De sangre más natural
 Para que sean los reyes
 Y sus esclavos los otros?

OTAVIO.

No lo juzguemos nosotros;
 Esto disponen las leyes.
 No quisiera vuestro hermano
 Veros ocioso en Valencia.

D. JUAN.

¿Oféndele mi presencia?
 ¿Tanto le gasto?

OTAVIO.

En mi mano
 Quisiera yo que estuviera.
 Ya sabéis vos mi deseo.

D. JUAN.

¿A Flandes? ¡Lindo rodeo!
 Ya sé yo lo que él quisiera;
 Que me quitaran allá
 La vida de un mosquetazo,
 Por quitarle el embarazo
 Que conmigo tiene acá.
 ¡A que un hábito pretenda
 Me envía!

OTAVIO.

¿Y es maravilla?

D. JUAN.

¿Pues hanme dado ropilla
 En donde el hábito extienda?
 ¿Es cruz de saludador
 Que en la calle he de ponella?
 Vaya él á pretendella,
 Que podrá honralla mejor;
 Que no es bien que hábito en mí
 Parezca cruz en rincón.
 Juega el tanto de á doblón,
 Y deja á su hermano ansí.

La resolución de D. Juan tan netamente expresada de permanecer en Valencia, rechazando con indignación la orden que á guisa de consejo le trasmite

te D. Alonso por conducto del discreto Otavio, para que se marchara á Flandes, se modifica más adelante en virtud de varias circunstancias, y una vez resuelto á emprender el viaje, se dirige á su hermano en solicitud de recursos. Esto da lugar á una violenta escena, que á punto de desenlazarse de manera trágica, acaba con un completo rompimiento entre los dos personajes que tan bien representan la lucha entre el derecho natural y el derecho escrito.

D. Alonso está departiendo familiarmente con sus amigos D. Luis y el Capitán Leonardo, quienes le aconsejan con buenas razones que renuncie al vicio del juego, si quiere conservar su posición social y su fortuna ya bastante arruinada; porque

Jugar tasadamente lo que puede
Un hombre que procura estando ocioso,
Un rato entretener, se le concede;
Mas no su hacienda, vida y su reposo,
Ni que perdido para siempre quede,
Hecho afrenta del vulgo licencioso,
Vendiendo hasta las cosas vinculadas,
De sus honrados padres heredadas.

D. Alonso da por respuesta que ya tiene concertado su casamiento con la hermosa y rica Costanza, y que con las rentas de su dote podrá ir recuperando las posesiones que tenía empeñadas, pues para entonces está resuelto á cambiar de conducta, como sucede con muchos que se casan después de haber llevado una vida licenciosa. Al final de esta escena aparece D. Juan que permanece algún tiempo reti-

rado, hasta que D. Alonso advierte su presencia, trabándose entre ellos el siguiente diálogo:

¿Quién es? D. ALONSO.

D. JUAN.

Yo soy.

D. ALONSO.

¿Qué quieres?

D. JUAN.

Quiero hablarte.

D. ALONSO.

¿Qué tienes tú que hablarme? ¿Impertinencias?

D. JUAN.

Escucha y lo sabrás.

D. ALONSO.

Dí presto.

D. JUAN.

Aparte

Quisiera hablar.

D. ALONSO.

Y yo comprar paciencia.

Acaba de decir.

D. JUAN.

Por no enfadarte

Y como dices tú, con insolencia,
A Flandes quiero irme.

D. ALONSO.

Buen amigo

Ha sido, Juan, el que hoy habló contigo.

¿Y tienes eso ya determinado?

D. JUAN.

Y que saldré pasados cuatro días.

D. ALONSO.

Pues ve con Dios, que allí podrás, soldado,
Perder los bríos que en Valencia crías.

D. JUAN.

Dinero he menester; hoy te lo han dado . . .

D. ALONSO.

¡Dinero yo, D. Juan!

D. JUAN.

¡Pues qué! ¿querías
Que fuese de aquí á Flandes sin dinero?
¿No ves que soy tu hermano, y caballero?

D. ALONSO.

¿Qué has menester?

D. JUAN.

Lo menos mil ducados.

D. ALONSO.

¿Hay desvergüenza igual?

D. JUAN.

Nunca entre iguales
He conocido yo desvergonzados.

D. ALONSO.

¿Pues no te bastan, dí, quinientos reales?

D. JUAN.

Si los echas al naípe ó á los dados
En una mano, y en jornadas tales
Que te infaman á ti, para jornada
Que te ha de honrar, ¿qué es mil ducados? Nada.
¿Nacimos, D. Alonso, por ventura
De un padre y una madre, á que tú vivas
Con tal arreglo y tal descompostura,
Que de ninguna libertad te privas;
Y yo con tal pobreza y desventura,
Por mil necesidades excesivas,
Que á tus esclavos venga yo á envidialles,
Que cuidan y regalan tus caballos?
¿Quinientos reales das á un hombre honrado?
De limosna eran buenos, no debidos
A un hermano que quiere ser soldado
Porque tú no le sueldas los vestidos.

D. ALONSO.

Es tan añejo ser desvergonzado
Al ser pobre, que piensan atrevidos
Todos los que lo son, que se les debe
La que con ésta haré que alguno lleve.

LEONARDO.

¡La espada! No es razón, que es vuestro hermano.

D. ALONSO.

¡Vive Dios, que es un pícaro!

D. JUAN.

No digo

Que mientes; que lo soy por ser tirano
Quien quiere usar esta crueldad conmigo;